

llena de ingenuidad, de buena fe, de gusto, sin tener, repito por ser tan importante, ni una sola concesión "turística". Es el folclore mexicano legítimo. Y sólo por este hecho, independientemente de todo lo demás, son dignos de todos los elogios José Solé y el señor Saldívar.

Luis Jimeno, graciosísimo en su diablo tonto que llega a vestirse de mujer para tentar a los pastores; Enrique Reyes en su pastor al que inexplicablemente le quitaron su tradicional nombre, o sea el de Bato; Lourdes Canale picaresca y graciosa en su Satanás, aunque el papel no le vaya físicamente, y, por fin, la gracia un tanto carpera pero adecuada, ¿por qué no?, de doña Lupe Rivas Cacho, en su pastora sensata que vigila a sus compañeros para que no se los lleve el diablo. Y el conjunto todo de pastores, de diablos, de arcángeles montados en Rocinantes, de los Tres Reyes Magos que desde lo alto contemplan el portal, enmarcan a la perfección esta bella pastorela, esta posada auténtica, que debe ser vista por los turistas, claro está, pero también por todo aquel mexicano que ame la tradición y lo legítimamente suyo.

25 de diciembre de 1966

APLICACIÓN DE LA NAFTALINA A LAS COMEDIAS

Mi abuelita, al casarse, recibió tal cantidad de ropa blanca como "dote", que guardó docenas y docenas de sábanas, fundas y colchas ricamente bordadas, en un gigantesco ropero en el cuarto de los triques. Pensaba la hermosa señora que de esa manera sus hijas, al casarse, llevarían también su buena dote de ropa blanca. Pasaron los años, sus hijas crecieron y se enamoraron y se casaron a escondidas, no de sus padres sino del gobierno, porque entonces tenía cerradas las iglesias. Mi abuelita repartió equitativamente aquella riqueza de sábanas, pero las recién casadas pensaron lo mismo que su madre, es decir, que eran tan bellas aquellas pren-

das, que serían un hermoso regalo para sus propias hijas cuando se casaran. Y las sábanas permanecieron en aquel inmenso ropero años y más años. Las nietas y los nietos crecieron, se enamoraron y se casaron. Las nietas tuvieron la misma idea que su abuela y su madre, pero uno de los nietos, o sea yo, quise presumir con mi esposa y exigí a la familia me fuese repartida mi parte de sábanas y de fundas. Con lágrimas y miradas torvas hacia mí, las tías y mi madre procedieron a buscar las llaves del ropero, que se encontraban perdidas desde el día en que asesinaron a Obregón. Al fin las encontraron y las puertas del ropero fueron abiertas para entregarme la parte del tesoro que me correspondía como única herencia familiar. ¡Terrible sorpresa! Aquellas lágrimas de ternura derramadas al buscar las llaves se convirtieron en horribles lamentos, ataques de histeria y apoplejía fulminantes. Las sábanas bordadas con amor y paciencia por manos decimononas, aquellas fundas y colchas, orgullo tradicional de la familia entera, estaban tan, pero tan “picadas” por la polilla, que más que sábanas parecían coladeras. ¡A mi abuelita se le había olvidado colocar entre prenda y prenda las famosas, olorosas y atávicas bolas de naftalina!

Algo similar acaba de ocurrir en el Teatro Principal cuando don Alfredo Varelita abrió el ropero del cuarto de los triques. Don Alfredo desciende de una ilustre familia de actores y toda su vida la ha pasado oyendo y hablando de teatro, y como mis tías oían hablar de la ropa blanca guardada y juraban que era una maravilla sin haberla visto nunca, así Varelita siempre escuchó que la comedia *Retazo*, de Darío Nicodemy, era magnífica, muy graciosa, siempre representada con buen éxito, y decidió sacarla del ropero. ¡Oh desgracia espeluznante! ¡*Retazo* había sido guardada también sin naftalina! Don Alfredo se dio cuenta, pero él es ducho en composturas y pensó que podría subsanar los estragos del tiempo. Pero por más que “reescribió” cuatro veces cada acto, la comedia seguía “picada” sin remedio y la polilla tocaba alegremente el violín.

Los lectores que sigan con paciencia estas crónicas semanales, saben ya que don Alfredo Varelita se molestó la mar porque critiqué sus “adaptaciones”, de modo que yo no quería por ningún concepto volver a provocar su sacrosanta cólera, y cuando

me dirigía al Teatro Principal elevé mis preces al cielo: “Angelito de mi guarda, dulce compañía, te pido que *Retazo* sea un éxito artístico, que esté bien ‘reescrita’, bien actuada, bien ambientada, para poder escribir en términos elogiosos sobre don Alfredo y borrar la mala impresión que tiene de mi pobre y humilde persona. Te prometo, si sucede lo que te pido, rezar la novena del Anima Sola y el Triduo al Santo Niño de las Guirnaldas.”

Así rezaba yo hasta minutos antes de levantarse el telón. Pero nadie escuchó mis ruegos, en castigo justo a mis múltiples pecados, entre los que se cuentan de manera primordial escribir libros sobre historia del teatro que nadie lee y el dedicarme a la crítica teatral. Una escenografía seguramente sacada de otro ropero que perteneció a las Moriones; un señor Cañedo que a pesar de haber triunfado en el cine demuestra que en el teatro es donde se conoce a los verdaderos actores, gritaba mucho y agitaba sin cesar los brazos como si la polilla de la obra y de la escenografía revolotease sin cesar a su alrededor; la aún hermosa Tana Lynn mostraba que los años que pasó retirada de los escenarios nada le enseñaron; Roberto Cobo trataba a toda costa de sacar partido de un papel insignificante y caía en la exageración más ridícula; don Alfredo Vareleta se mostraba tímido, como arrepentido de haber abierto el ropero, y, por fin, Yuyú era la única que proyectaba un entusiasmo, un deseo de ocultar la vetustez de la comedia, un anhelo por triunfar en un papel que hace cincuenta años tuvo su gracia ingenua, pero que ahora no es más que un exponente más de lo *camp*. Yuyú tiene momentos afortunados, da el tipo a la perfección y logró hacer sonreír a las treinta y cuatro personas y tres cronistas que nos encontrábamos en el teatro. Una buena actriz cómica que, al igual que Polito Ortín, sigue en busca de una buena obra y de un buen director. Ojalá encuentre ambas cosas algún día.

Lamento que mis rezos no fuesen escuchados. Juro por la memoria de la naftalina que asistí al teatro animado de las mejores intenciones, dispuesto a demostrarle a don Alfredo Vareleta mi “serenidad crítica”, pero él, como el cielo, no comprendió ni ayudó a que esas buenas intenciones se cristalizaran. Lo siento en verdad.

15 de enero de 1967